

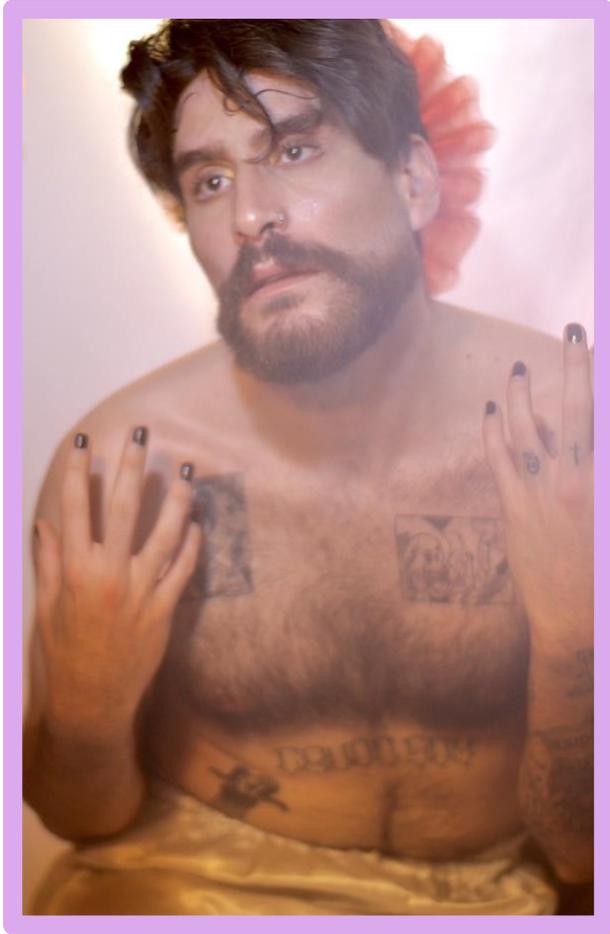
XPLORATORIUM



Bogotá DC. / No. 9. marzo de 2020

SAL ·
VA ·
TORE ·





· SALVATORE ·

Por: Edward Salazar
@elpintordelavidamoderna

LA PUERTA QUE SE ABRE

Un día me pruebo una bata de seda de mi madre, una verde del tono de las hojas del eucalipto, con unas florecitas rosa estampadas. Me queda grande, inmensa. La bata es un vestido, quizás como el que habría usado un monarca siglos atrás. Mi hermano se pone un abrigo azul oscuro, de mi madre también, y parece una señora en luto. Pero nuestros vestidos no son vestidos, pues los figuramos trajes de pelea, como los que usarían los Caballeros del Zodiaco, como el que portaría en gallardía y engaño cualquier caricatura de un hombre que salva el mundo. Mamá nos ve y nos regaña. Nos dice que eso no es de niños, que los niños no se ponen esas cosas -las batas ahora son cosas-. Escuchamos el regaño, pero no le damos importancia.



El tiempo me distancia de mi hermano y me acerca a mi madre y como a ella, me acerca a muchas otras mujeres de las que mi hermano se siente lejano. Amigas del colegio con quienes la complicidad se siente natural, cantantes de pop, supermodelos de la moda, Amanda Miguel, estrellas de cine de largas cabelleras y vestidos de oro, heroínas de la televisión, escritoras que me hablan de mundos que no se parecen al de mi padre. Empecé, como muchos niños, un camino que me llevó a conocer a las mujeres y a la feminidad, y a celebrar, alejado del deseo sexual y cercano a la admiración estética, esas maneras femeninas de habitar el mundo. Un niño homosexual tiene un pie en el planeta de los hombres y otro pie en el de las mujeres, inseguro de dónde pisar, convencido de dónde quisiera estar.

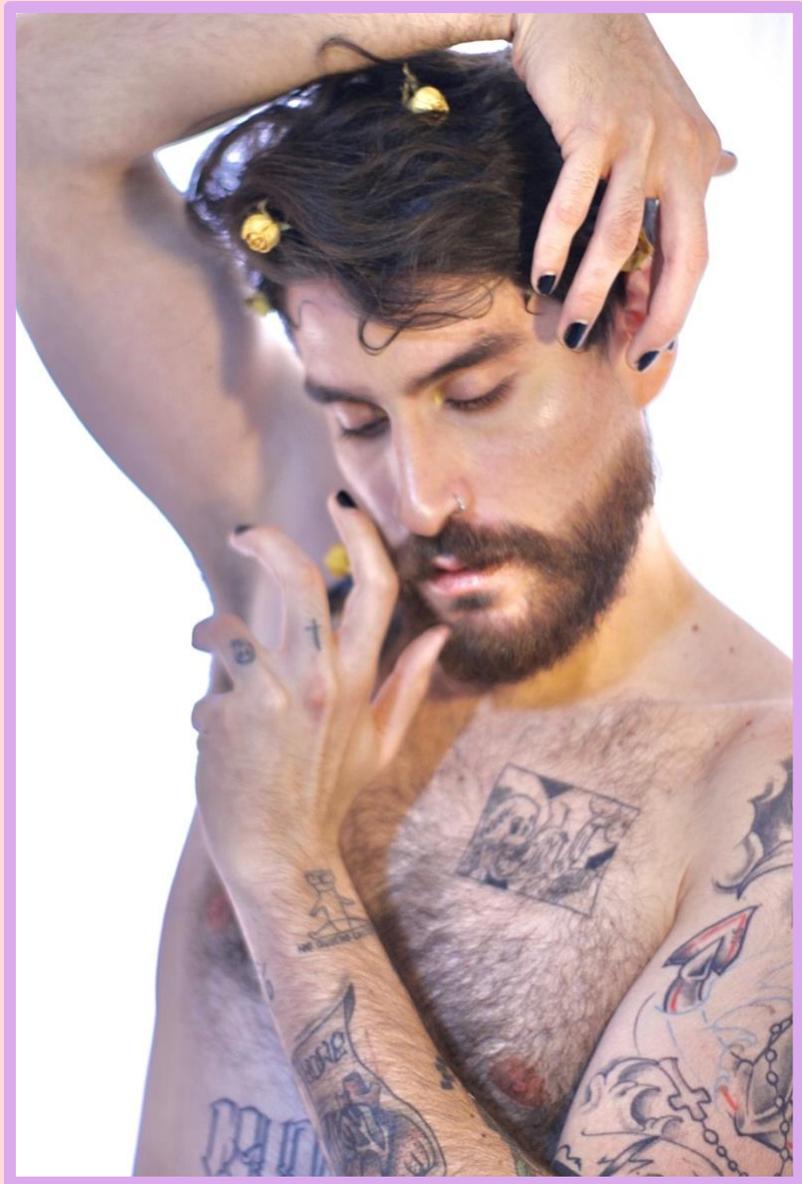
El apego a la madre es un lugar común en los estereotipos frente a la crianza de los hombres, pero lo que significa ese apego y las razones de su existencia varían en cada experiencia. No van siempre desde el deseo freudiano de identificación patriarcal, sino desde algún otro tipo de maquinaria deseante favorable

a la fabricación de ensoñaciones de cuidado, belleza y admiración. Lo femenino aparece como la puerta al final de un camino que sin saberlo se ha estado recorriendo. Se abre ante el deseo de exploración por fuera de la norma rígida de identidad con lo masculino, o se abre para recordarnos que esa separación polar es una imposición, no un espejo.

No todos los niños-hombres atraviesan o abandonan o transitan o construyen o abrazan la feminidad de la misma manera, y en consecuencia hay quienes se decantan por seguirse nombrando desde el lugar conocido (y heredado), mientras que otros buscarán resignificar y renombrar aquello que les fue dado. La experiencia permite la autoexpresión: queer, marica, gay, diva, niñe; un nuevo nombre para los niños-hombres trans, que con su elección emprenden búsquedas múltiples de la masculinidad entre el canon y la ruptura, como me dijo Simón Uribe. La búsqueda también es el nombre de un personaje construido, como una drag, o el nombre de una ensoñación angélica, como Salvatore.













EL MIEDO QUE SE PIERDE

Hasta mis catorce años tuve mucho miedo del Diablo y de la oscuridad, de la noche y de la luna. Obligaba a mi hermano a dormir conmigo y también a levantarse a cualquier hora para acompañarme al baño. En los días de más miedo le decía que Satanás estaba en los pies de la cama, y que a quien los tuviera más cerca del final de ese abismo Satán se lo iba a llevar. Lloraba mucho cuando soñaba con Él, e imploraba a mi hermano su protección.

Un día mi padre se despertó furioso por mi comportamiento, ya a mis catorce. Me gritó, me dijo que si acaso el jabón o su máquina de afeitar me iban a atacar. Que tenía que ser fuerte, que no estaba criando niñas. ¿Qué era criar niñas? No sé si fue su charla o su llamado escondido a hacerme hombre, ya no niño, o si era Satán, pero alguien me enseñaba algo sobre perder el miedo, no a él, sino a la autoridad del padre. ¿Qué sería de mi lejos de su sombra? También me di cuenta, entonces, que el miedo que le tenía a estos hombres lo había aprendido en la educación católica sobre el pecado, la sexualidad, el deseo. También era la manera de renunciar al cielo de los niños, que son ángeles, según mi abuela, y caer a la tierra. En la tierra estaba la libertad, solo que antes me habían forzado a nombrarla con la palabra Pecado.





En Las cartas de Satán desde la tierra, Mark Twain, quien más bello y mejor ha dicho sobre el Diablo, escribió:

El humano ha imaginado un Cielo, pero privándolo de la delicia suprema, el éxtasis que ocupa el primer lugar en el corazón de todos los individuos de su raza —y de la nuestra—: la relación sexual.

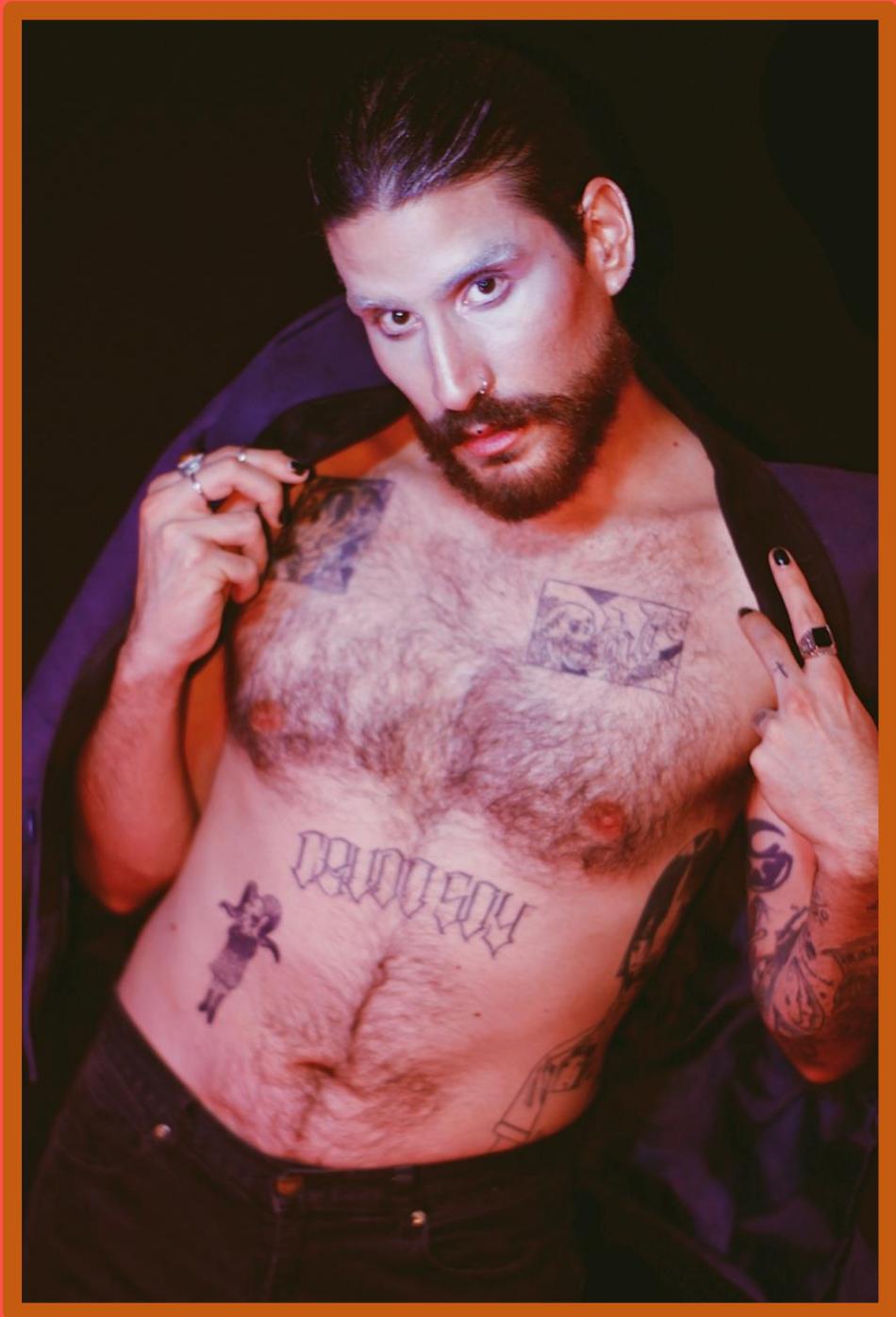
Twain describe un cielo en el que los humanos se autoexilian de los placeres de la tierra, cantan y oran y duermen sin sueños, habitan un mundo lleno de otros humanos limpiados de toda pasión. Así que el Ángel que cae del cielo quizás no se ha precipitado al vacío, sino que ha, iniciado, voluntario, el descenso a lo profundo de su ser. Salvatore, el caído, ahora baila, canta, se viste, se maquilla, sueña con su propia imagen, olvida la celda que puede ser el cuerpo dividido (Adán, el hombre; Eva, la mujer), y abraza otra definición: su humanidad, que es la búsqueda de sí mismo.

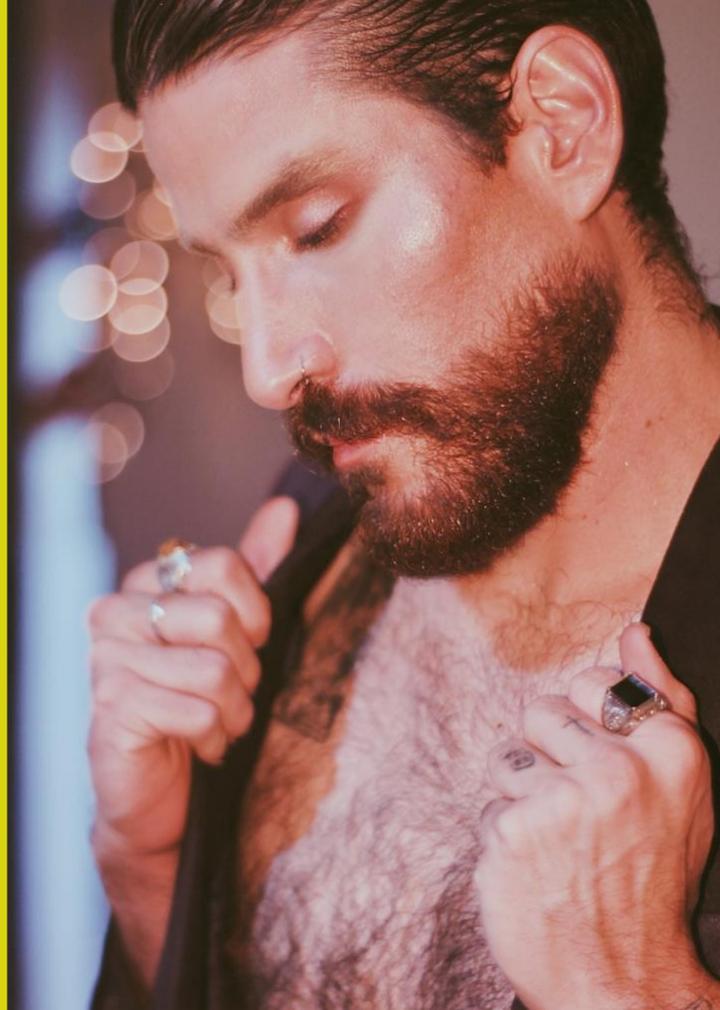
Frente a esa misma humanidad que establece distancias y jerarquías, Twain nos interpela, nos pregunta:

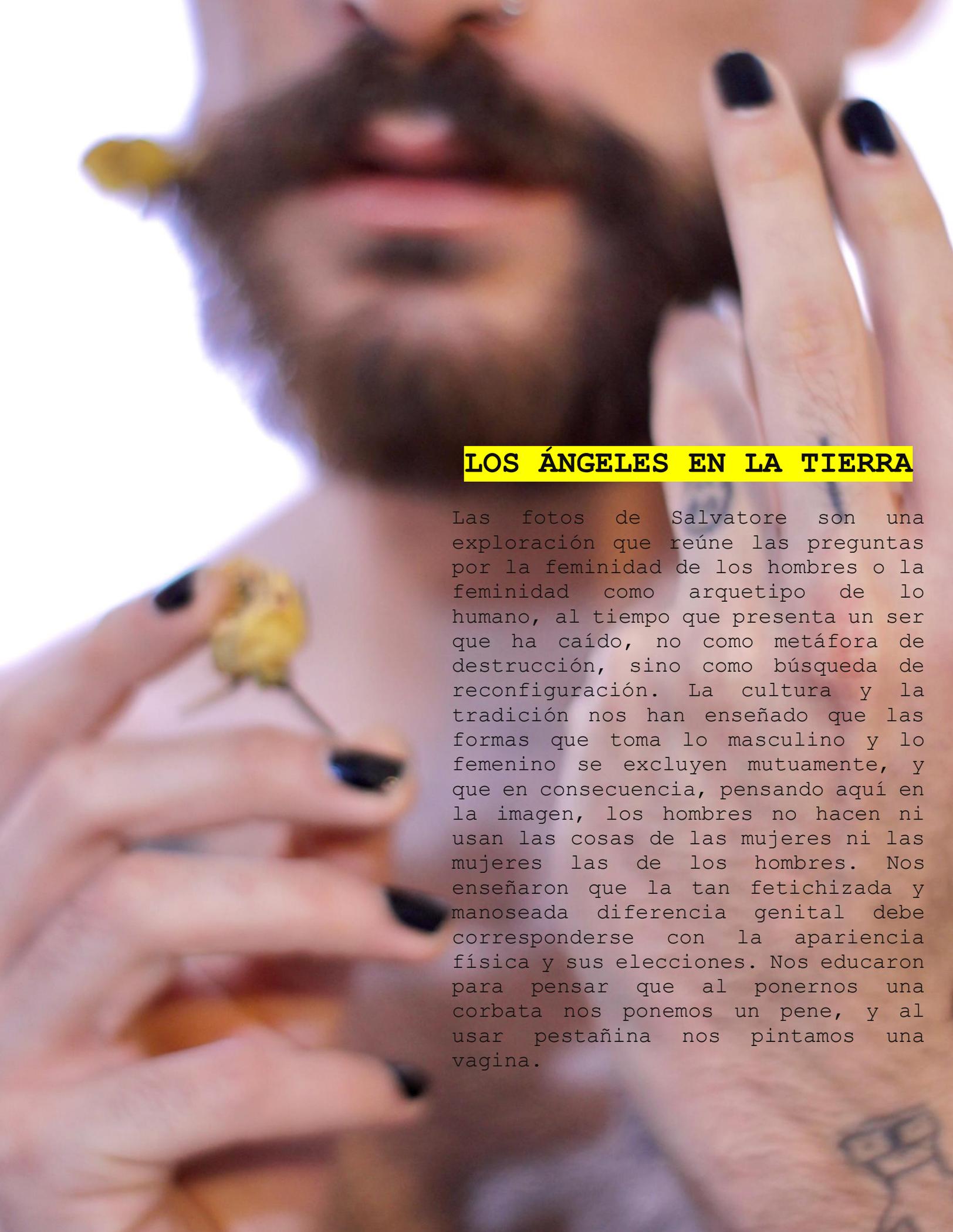
Pero, ¿quién reza por Satanás? ¿Quién, en dieciocho siglos, ha tenido la humanidad, para orar por el pecador que más lo necesitaba?

Quizás sea el miedo el que no lo permita, o quizás, pienso yo, el Ángel Caído no necesite de ninguna redención.

Querido Satanás: ya no te temo, tampoco oro por ti. Pero sé que caminaremos siempre sobre la misma tierra.







LOS ÁNGELES EN LA TIERRA

Las fotos de Salvatore son una exploración que reúne las preguntas por la feminidad de los hombres o la feminidad como arquetipo de lo humano, al tiempo que presenta un ser que ha caído, no como metáfora de destrucción, sino como búsqueda de reconfiguración. La cultura y la tradición nos han enseñado que las formas que toma lo masculino y lo femenino se excluyen mutuamente, y que en consecuencia, pensando aquí en la imagen, los hombres no hacen ni usan las cosas de las mujeres ni las mujeres las de los hombres. Nos enseñaron que la tan fetichizada y manoseada diferencia genital debe corresponderse con la apariencia física y sus elecciones. Nos educaron para pensar que al ponernos una corbata nos ponemos un pene, y al usar pestañina nos pintamos una vagina.

Nos enseñaron que contravenir esas normas era ofender a dios y alimentar el pecado, pues las decisiones de la carne informan, bajo esa lógica, los componentes del alma. Romper con esas fuerzas implica enfrentarse al señalamiento y al temor, pero sobre todo la renuncia valiente, no a la espiritualidad individual -que no tiene nada que ver con las formas culturales del género-, sino al pasado, a la familia, a la religión, a la biología esencialista; a la mirada reductora que anula la empatía y la imaginación al decirnos que el no tener un cuerpo de mujer o de hombre no nos permite imaginar al otro. Desconfío de esas formulaciones, pero tampoco levantaré nuevas afirmaciones. Prefiero navegar en la pregunta.

Sin embargo, no todas las tradiciones deben ser quebradas, pues la norma ha demostrado ser un lugar potente para la enunciación. No se trata de destruir o anular la forma masculina o femenina de la cultura y el arquetipo como garantía de transformación, sino de fluir y nadar en ellas. De no asignarlas a cuerpos específicos, aunque algunos nos sintamos más cómodos al descansar en alguna de sus costas. Y, reposados en ellas, también dudar de esa comodidad.

Las fotografías de Salvatore son puertas hacia las preguntas hasta aquí esbozadas, pero de ninguna manera son una clausura a muchas otras posibilidades de la feminidad en quienes nos enunciamos como hombres. Digo enunciar, pues un hombre no es un cierto cuerpo sino todo aquel que se reconozca como tal, y en ellos, la masculinidad y la feminidad asumen también formas decorativas. Salvatore viene para recordarnos que la masculinidad ya no es una conclusión. Es más bien una pregunta.











En este número:

Intervención de portada:
CRISTIAN GRISALES
@the.real.reina

Texto:
EDWARD SALAZAR
@elpintordelavidamoderna

Modelo:
SALVADOR BUCHELI
@sal6va6dor6

MakeUp & Stylist:
SANTIAGO HERSÚ
@s.hersú

Mentor & photo:
FABIAN TELLO TORRES
@tello_torres

@XPLORATORIUM_COLOMBIA
#XPLORATORIUMCOLECTIVO

-2020-